

Noche de pájaros

Luis Felipe Muñoz Yusti



Capítulo 1

No había atinado nunca a escribir historias de esta clase, mas por falta de fe en mi talento que por falta de material verídico para estas. Pero hoy me he decidido a relatar una tan sin par en eventos de absoluto misterio y tan verídica como que dos y dos son cuatro, que el lector se verá estremecido por un escalofrío si logra meterse en la piel del protagonista del siguiente suceso.

Esta terrible y por demás verídica anécdota ocurrióle a Anastasio, un campesino bonachón, de cincuenta y tantos años, portador de machete en cinto y sombrero aguado, propietario de una pequeña parcela en una aldea del norte del Valle del Cauca.

Trascurría el año de 1950, la violencia partidista en el territorio colombiano cobraba vidas al por mayor, las atrocidades perpetradas por los chusmeros se contaban y temían por todas partes, el reinado del terror extendía su sombra sobre los campos, dejando a su paso muerte y desolación.

Tomador de aguardiente como era, el bueno de Anastasio departía con un grupo de cinco calamocanos de su misma estirpe en una cantina del pueblo más cercano a su vereda. Con el pasar del tiempo y el engullir de las copas, a los borrachines comenzó a aflojarseles el pico y a todo pulmón alardeaban de sus opiniones políticas, de su cariño por el partido colorado y su desprecio por los godos, a los que dedicaban toda suerte de madrazos y vulgaridades ya mezclados con amenazas y anécdotas falsas de sus triunfos y hazañas contra los seguidores del partido azul.

Quiso la mala fortuna que en aquella fonda y en una mesa contigua a la de los bocones, halláranse dos individuos pertenecientes a "Los Pájaros", un sanguinario grupo de matones Conservadores, que escuchaban atentos a los borrachos decir sandeces y que al ver que la noche caía resolvieron salir en silencio de la cantina, para reunir un buen grupo de sus compinches, esperar a que los desdichados tomaran camino a casa, emboscarles en un paraje solitario, y darles muerte como escarmiento para futuros charlatanes de ideales similares.

Ya alcoholizados hasta el cogote, los fanfarrones decidieron partir hacia la vereda, salieron de la cantina, treparon sus respectivos corceles y tomaron rumbo a casa mientras cantaban alegremente alguna tonadilla del arrabal criollo típico de la época. Un grupo de cuatro pájaros les seguían a buena distancia, mientras otro grupo de quince les tendía una emboscada en la oscuridad del solitario camino, con los machetes y pistolas sedientas de sangre liberal.

Sin ser concientes del nefasto destino que les aguardaba, continuaron su camino hasta adentrarse en las trochas que conducían a su vereda, los pájaros, ocultos entre los chopos y matojos silvestres, podían escuchar cómo se aproximaban sus desdichadas presas, mas en un giro caprichoso del destino, el más joven de los matones, excitado por el momento apretó el gatillo antes de tiempo y dejó salir un disparo que paso rosando la humanidad de Anastasio.

El sobresalto por la detonación les quito la borrachera en el acto, los pájaros al ver descubierta su emboscada salieron disparando y correteándolos con los machetes desde los matorrales, los ebrios, muertos del susto y en un reflejo de supervivencia, se lanzaron de sus caballos y echaron a correr al monte que se extendía por una empinada pendiente. Corrieron como alma que lleva el diablo, sin mirar atrás avanzaron a gran velocidad por el bosque mientras las balas les zumbaban por las orejas y los matones a lo lejos les gritaban que de aquella no saldrían con vida. La persecución se extendió por más de quince minutos, los disparos alcanzaron a dos de los liberales que aun malferidos continuaron su carrera. De repente se percataron que el bullicio de sus perseguidores había desaparecido, sin confiarse de aquella señal de salvación, continuaron su camino sigilosos monte adentro, hasta encontrar un sitio que parecióles propenso para descansar, por lo menos hasta la mañana siguiente cuando pudieran subir a sus parcelas y huir de la vereda, rogando que los matones no tuviesen localizadas ya a sus familias y no hubiesen subido ya a por ellas.

Era media noche, la luz de la luna llena les cobijaba, los ruidos de los grillos y los arboles mecidos por el viento les arrullaron hasta hacerles caer en el mas pacifico de los sueños. De pronto, Anastasio fue sorprendido por una mano que le tocaba el hombro, era uno de sus compañeros, le decía que sentía ganas de hacer del cuerpo y que por favor lo acompañase a algún lugar apartado de ahí para dicho propósito. Accedió somnoliento, caminaron un buen trecho hasta hallar una zanja, el hombre entro en esta y Anastasio se sentó a esperarlo a unos pocos metros de ahí.

Pasaron varios minutos y el cagón no parecía dar señas de salir del hueco, Anastasio impaciente empezó a llamarlo, al ver que no recibía respuesta alguna y temiendo que el pobre hubiese sucumbido al sueño o a la mordedura mortal de algún avechucho, se incorporo y decidió acercarse. Al hallarse al lado de la zanja, pudo ver que en su interior revoloteaban una multitud de luciérnagas, en medio de todas ellas distinguió la figura desnuda y encorvada de una criatura que no se parecía a su amigo, la luz de la luna alumbraba una espalda pellejuda en la que se marcaba ominosa la espina dorsal y unos largos, venosos y delgados brazos que terminaban en muñones desprovistos de dedos, la cabeza se hallaba cubierta por una maraña de pelo negro que se arrastraba hasta el suelo mientras un hediondo olor a mortecina ya mezclada con azufre inundaba el aire. Anastasio perplejo de terror, sintió como su piel se erizaba, sus piernas no respondían y sus esfínteres se aflojaban dejando salir un buen chorro de orina sobre sus pantalones, la criatura aun con la cara oculta en la maraña de cabello se arrastro hasta salir de la zanja, pasó los muñones fríos por el brazo del paralizado Anastasio y poso su rostro justo al frente del suyo. Su cara era horrorosa, semejante a la de una víctima de una devastadora infección por lepra, carente de nariz y con los labios carcomidos hasta hacer visible una putrefacta dentadura. Los ojos redondos y completamente blancos dibujaban una aterradora mueca de angustia ya mezclada con una espeluznante suerte de innombrable locura. Le miraba

fijamente, mientras de sus repugnantes labios salía una profunda voz femenina que parecía llenar todo el espacio con su mensaje: - ¡No vayas, no vuelvas de nuevo!

Fue tal la conmoción, que el espantado Anastasio sufrió un soponcio que le hizo caer inconsciente dentro de la zanja de la que otrora salió la aterradora criatura. Al despertar, el sol matutino iluminaba todo el paisaje, el olor a hierba húmeda y el cantar de las aves le devolvieron la tranquilidad, tanto que por un momento pensó que el aterrador episodio había sido solo un mal sueño.

Salió de la zanja y caminó hacia el lugar en el que la noche anterior habían quedado sus amigos, el horror volvió a atenazarle las entrañas, cuando halló a todo el grupo decapitado y con señales de tortura, los Pájaros no se habían rendido en su búsqueda, solo la hicieron más sigilosa y apenas segundos después de que Anastasio había salido hacia la zanja en la madrugada, les rodearon y asesinaron.

Anastasio miraba perplejo la dantesca escena, mientras a su espalda, una profunda e inconfundible voz susurró: - ¿Ves? ¡Te dije que no volvieras!